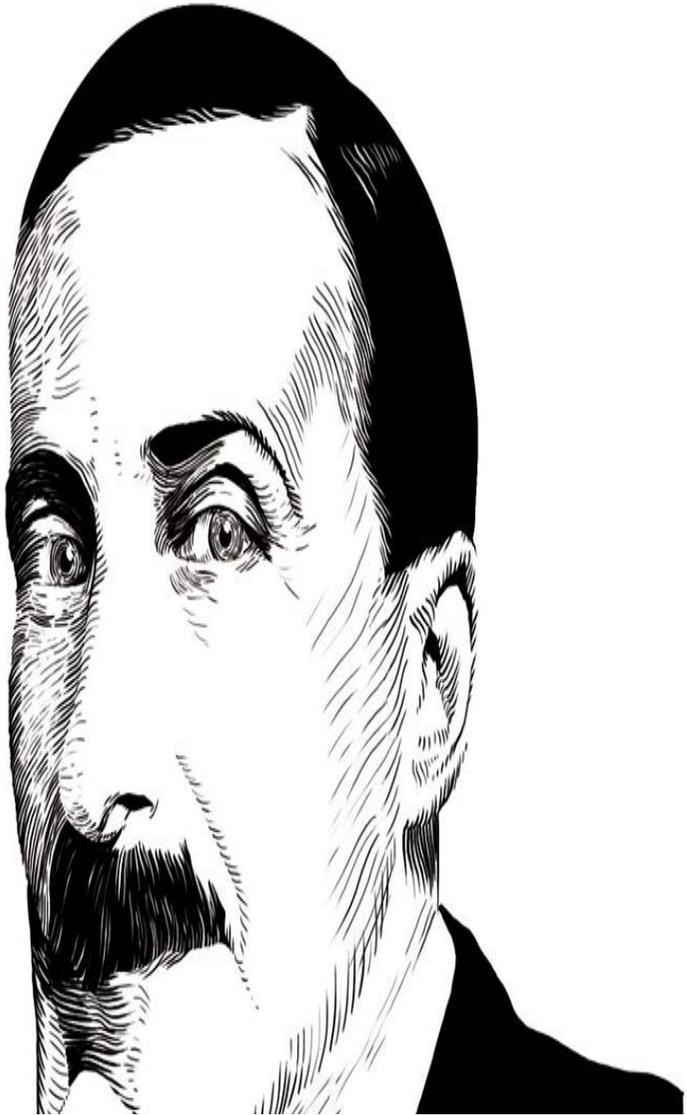


10

UNA Stefan
PARTIDA
DE Zweig
AJEDREZ



El campeón mundial de ajedrez, Mirko Czentovic, viaja en un buque de vapor desde Nueva York hacia Buenos Aires a disputar un torneo. McConnor, un obstinado pasajero aficionado, desde que se entera de su presencia no descansa hasta lograr jugar una partida con él, pero no le sale barato: doscientos cincuenta dólares por partida es el precio de Czentovic. El devenir de los acontecimientos cambia cuando entra en escena el doctor B., un personaje extraño que ocasionalmente pasa por el lugar donde Czentovic se enfrentaba a McConnor. No puede evitar observar la partida y aconsejarle a McConnor las jugadas correctas para salvar la partida y obtener un empate.





Una partida de ajedrez

El habitual bullicio de último momento reinaba en el gran buque de vapor que dejaría Nueva York a la medianoche con destino a Buenos Aires. Los visitantes que habían llegado desde el campo para despedir a sus amigos empujaban y se abrían paso entre la gente; los niños carteros, con sus boinas inclinadas hacia un lado, recorrían las tabernas gritando el nombre de distintas personas; las valijas y las flores eran llevadas a bordo; por las escaleras, subían y bajaban curiosos niños; mientras tanto, en la cubierta, la banda tocaba sin cesar. Yo estaba en la cubierta de paseo un poco alejado de todo ese alboroto, conversando con un conocido, cuando de pronto notamos dos o tres destellos cerca de nosotros. Al parecer, algunos reporteros estaban sacando fotografías y entrevistando a alguien famoso justo antes de que el barco zarpara. Mi compañero miró en esa dirección y sonrió. “¡Oh! Llevan un tipo raro a bordo. Ese es Czentovic”, dijo. Y dado que, evidentemente, esa información no me sirvió de mucho, agregó: “Mirko Czentovic, el campeón mundial de ajedrez. Ha estado de gira por todo Estados Unidos; recorrió el país de este a oeste, participando en torneos, y ahora va hacia Argentina en busca de nuevos triunfos”.

A decir verdad, yo recordaba el nombre del joven campeón mundial e incluso algunos detalles de su carrera meteórica. Pero mi compañero, un lector de periódicos más asiduo que yo, estaba en condiciones de agregar varias anécdotas.

Hacia cerca de un año, Czentovic había llegado repentinamente a ocupar un lugar en el *ranking* junto a los maestros más experimentados en el arte del ajedrez, hombres

como Alekhine, Capablanca, Tartakower, Lasker y Bogoljubov. Desde la aparición del prodigio Reshevsky, de siete años, en el torneo de ajedrez de Nueva York, de 1922, que la incorporación de un completo desconocido a la gloriosa casta no despertaba tanto interés. De ninguna manera fueron las cualidades intelectuales de Czentovic lo que contribuyó a tan deslumbrante carrera. En poco tiempo, se filtró el secreto de que, en su vida privada, el gran maestro de ajedrez era incapaz de escribir una oración en el idioma que fuese sin cometer errores de ortografía y que, tal como señalara uno de sus resentidos colegas con furia burlona, "su ignorancia era universal en todas las áreas". Hijo de un humilde pescador de Eslavonia, cuya pequeña embarcación había sido destruida una noche por un buque a vapor que transportaba cereales, el niño, en ese entonces de doce años, había sido acogido en un acto de caridad por el sacerdote de su apartada aldea de origen después de la muerte de su padre. En su hogar, el buen sacerdote se esforzaba muchísimo por compensar lo que este niño taciturno, impasible y de frente ancha no lograba aprender en la escuela de la aldea.

Pero todos sus esfuerzos eran en vano. A pesar de que le enseñara las letras cien veces, Mirko seguía mirándolas fijo como algo desconocido, y su cerebro lerdo no podía comprender los temas de enseñanza más básicos. A los catorce años, todavía usaba los dedos para sumar, y leer un libro o un periódico significaba un esfuerzo sobrehumano para el adolescente. Sin embargo, no podía tildarse a Mirko de renuente o reacio. Con obediencia hacía lo que se le pedía: iba a buscar agua, cortaba leña, trabajaba en el campo, limpiaba la cocina; aunque con una lentitud desesperante, hacía cualquier labor que se le pidiera. Lo que más molestaba al sacerdote era la apatía total de este torpe muchacho. Mirko no hacía nada a menos que se le pidiera; nunca hacía preguntas; no jugaba con otros niños ni buscaba algo que hacer por sí solo sin que se lo indicaran expre-

samente. Apenas terminaba sus quehaceres domésticos, se sentaba impasible en la sala de estar con esa mirada vacía de las ovejas al pastar, sin prestar atención a lo que ocurriera a su alrededor. Todas las noches, mientras el sacerdote fumaba su larga pipa de campesino y jugaba las habituales tres partidas de ajedrez contra el policía de la aldea, el muchacho de cabellos claros se sentaba en silencio a su lado y, por la rendija de sus pesados párpados y con aparente indiferencia somnolienta, observaba el tablero a cuadros.

Una tarde de invierno, mientras los dos jugadores se encontraban sumergidos en su partida diaria, comenzó a escucharse en las calles de la aldea, cada vez más cerca, el sonido de los pequeños cascabeles de un trineo. Un campesino, con la boina cubierta de nieve, irrumpió a gran velocidad: su anciana madre estaba agonizando; ¿podría el sacerdote ir rápidamente a darle la extremaunción antes de que ella muriera? Sin dudarlo siquiera un instante, el sacerdote siguió al campesino. El policía, que aún no había terminado su vaso de cerveza, encendió otra pipa para dar por cerrada la noche. Estaba a punto de calzarse sus pesadas botas cuando notó que Mirko miraba de manera fija e inamovible el tablero de ajedrez y la partida inconclusa.

“¿Te gustaría terminarla?”, bromeó, convencido de que el muchacho adormilado no tendría la menor idea de cómo mover correctamente ninguna de las piezas en el tablero. Pero el muchacho levantó la vista con timidez, asintió y se sentó en la silla del sacerdote. Catorce movimientos después había vencido al policía, y lo que es más, este tuvo que admitir que su derrota no podía atribuirse a un descuido involuntario. La segunda partida tuvo el mismo resultado.

“¡Como el asno de Balaam!”, exclamó el sacerdote con gran sorpresa al regresar y explicó al policía, cuyo conocimiento de la Biblia era más acotado que el suyo, que un milagro similar había ocurrido hacía dos mil años, cuando

una criatura muda de pronto habló con la voz de la sabiduría.

A pesar de lo tarde que era, el sacerdote no pudo contenerse y retó a su pupilo semianalfabeto a un duelo. Mirko también le ganó con total facilidad. Jugó lenta, imperturbable y tenazmente, sin siquiera levantar una vez su cabeza de frente ancha del tablero. Jugó con una seguridad innegable. Los días que siguieron, ni el sacerdote ni el policía lograron ganarle una partida. El sacerdote, que podía evaluar mejor que nadie el retraso de su pupilo en todos los demás aspectos, estaba interesado genuinamente en saber hasta dónde podía llegar ese particular y único talento.

Luego de llevar a Mirko al peluquero de la aldea para que este le cortara su cabello rubio, desalineado y reseco y lo hiciera ver un poco más presentable, el sacerdote lo llevó en su trineo a un pequeño pueblo vecino. Sabía que allí un club de aficionados al ajedrez se reunía en el café de la plaza principal y estaba seguro, por experiencia propia, de que Mirko no tenía posibilidad alguna de ganarles. No fue poco el asombro de los asiduos aficionados cuando vieron que el sacerdote hacía entrar en el café, a los empujones, al rubio quinceañero de mejillas rojas, que llevaba un gamulán puesto al revés y unas pesadas botas. El niño se quedó en un rincón, desgarrado, con la mirada baja y tímida, hasta que lo llamaron a una de las mesas de ajedrez. Perdió la primera partida porque nunca había visto al buen sacerdote hacer la defensa siciliana. La segunda partida, contra el mejor jugador del club, terminó empatada. A partir de la tercera y la cuarta partida, Mirko les ganó a todos, uno por uno.

Dado que rara vez ocurren cosas interesantes en un pequeño pueblo provinciano del sur de Eslavonia, la primera aparición de este campeón rústico enseguida causó furor entre los notables allí reunidos. Por decisión unánime, acordaron que, sin importar los costos, el niño prodigio debía quedarse en el pueblo hasta el día siguiente, así podrían

convocar a los demás miembros del club de ajedrez y, sobre todo, informar en su castillo al viejo conde Simczic, un fanático del ajedrez. El sacerdote, que ahora contemplaba a su pupilo con flamante orgullo pero que, a pesar de estar encantado con el descubrimiento, no quería faltar a sus obligaciones de oficiar el servicio del domingo, no dudó en dejar a Mirko en el pueblo para que fuera sometido a más pruebas. El joven Czentovic se hospedó en el hotel a expensas del club de ajedrez y esa noche vio por primera vez en su vida un cuarto de baño.

El domingo por la tarde, la sala de ajedrez estaba repleta de gente. Mirko, sentado perfectamente inmóvil frente al tablero durante cuatro horas, venció uno tras otro a todos sus oponentes, sin decir una palabra o siquiera levantar la mirada. Finalmente, sugirieron que jugara simultáneas. Les llevó un largo rato lograr que el indocto muchacho entendiera que en las simultáneas debía jugar contra varios jugadores al mismo tiempo. Sin embargo, una vez que Mirko entendió la idea, enseguida se dio a la tarea: se movió lentamente con sus botas pesadas y ruidosas de mesa en mesa y terminó ganando siete de las ocho partidas.

Entonces, comenzó un serio debate. A pesar de que, en un sentido estricto, este nuevo campeón no pertenecía al pueblo, todos rebosaban de orgullo. Quizás ese pequeño lugar, que hasta entonces casi nadie advertía en el mapa, podría tener el honor de que, por primera vez, uno de sus habitantes se convirtiera en una celebridad. Un agente de apellido Koller, cuyo trabajo habitual era simplemente contratar cantantes para el cabaret del destacamento militar, se ofreció, siempre que hubiera fondos disponibles para cubrir los gastos de un año, a ocuparse de que el muchacho recibiera una capacitación profesional en el arte del ajedrez por parte de un excelente maestro que él conocía en Viena. El conde Simczic, que en sesenta años de jugar ajedrez a diario jamás había enfrentado a un oponente tan extraordinario, se comprometió de inmediato a pagar la suma neces-

ria. Ese fue el día en que se inició la asombrosa carrera del hijo del pescador.

En seis meses, Mirko había logrado dominar todos los misterios técnicos del ajedrez, aunque con una curiosa particularidad que más tarde con frecuencia sería motivo de comentarios y burlas en los círculos de ajedrecistas. Czentovic jamás logró jugar ni una sola partida de ajedrez de memoria, o a ciegas, como se dice en la jerga. Carecía por completo de la capacidad de visualizar el campo de batalla en el ilimitado espacio de la imaginación y necesitaba tener siempre a la vista, en forma tangible, el tablero blanco y negro de sesenta y cuatro casillas y las treinta y dos piezas. Incluso en el auge de su fama mundial, siempre llevaba a todos lados un ajedrez plegable de bolsillo para poder reproducir las distintas posiciones ante sus ojos cuando quería reconstruir una partida de campeonato o resolver un problema. Este defecto, insignificante de por sí, demostraba una carencia de poder de imaginación muy comentado en los círculos más íntimos del ajedrez, como si, en un contexto musical, un reconocido virtuoso o director de orquesta fuese incapaz de interpretar o dirigir una obra sin tener una partitura a la vista. De cualquier manera, esta curiosa particularidad no retrasó en lo más mínimo su espectacular ascenso. A sus diecisiete años ya había ganado una docena de premios de ajedrez; a los dieciocho ganó el campeonato de Hungría; y a los veinte, por fin logró ganar el campeonato mundial. Incluso los campeones más audaces, cada uno inmensurablemente superior a Mirko en sus capacidades intelectuales, su imaginación y determinación, cayeron presa de su lógica fría y tenaz, tal como Napoleón fue vencido por el ponderoso Kutúzov o Aníbal por Fabio Cunctator, quien, según Livio, también había mostrado llamativos signos de apatía e imbecilidad durante su niñez.

Y así fue que la ilustre galería de grandes maestros del ajedrez, que entre sus filas reúne todo tipo de superioridad intelectual —filósofos, matemáticos, individuos con una na-

turaleza calculadora, imaginativa y con frecuencia creativa — se vio invadida por primera vez por un hombre completamente ajeno al mundo intelectual, un joven rústico, taciturno e imperturbable, a quien ni siquiera los periodistas más avezados lograron sacar una sola palabra que pudiera usarse con fines publicitarios. Lo cierto es que esas declaraciones agudas que Czentovic negó a la prensa pronto fueron ampliamente compensadas por anécdotas sobre su persona. Porque en cuanto se alejaba del tablero de ajedrez, donde era un maestro sin igual, se convertía en una figura totalmente grotesca, casi cómica. A pesar del solemne traje negro, la ostentosa corbata y el alfiler con una perla bastante llamativa, y unas manos muy cuidadas, en su comportamiento y sus modales seguía siendo el mismo campesino torpe que barría la sala de estar del sacerdote en la aldea. Para el entretenimiento y la indignación de sus colegas, Mirko buscaba con torpeza y sin pudor alguno hacer la mayor cantidad posible de dinero con su talento y su fama, lo cual dejaba ver una avaricia mezquina y hasta ordinaria a veces. Viajaba de ciudad en ciudad, hospedándose siempre en los hoteles más económicos; jugaba en los clubes más míseros, siempre y cuando le pagaran sus honorarios; prestaba su imagen para anuncios de jabón; y, sin importar las burlas de sus oponentes, que sabían perfectamente que él era incapaz de escribir tres oraciones en forma correcta, incluso prestó su nombre para un “tratado de ajedrez”, escrito en realidad por un desconocido estudiante de Galicia para su editor, un astuto hombre de negocios. Como todo ser así de obstinado, carecía por completo del sentido del ridículo. Desde que había ganado el campeonato mundial, se consideraba a sí mismo el hombre más importante del mundo y la mera idea de haber vencido a todos esos hombres inteligentes e intelectuales, oradores deslumbrantes y escritores especializados, y sobre todo el hecho concreto de ganar más dinero que ellos transformaron su inseguri-

dad original en una fría soberbia con frecuencia pretenciosa.

“¿Pero cómo no le va a cambiar esa cabeza hueca tan repentino salto a la fama?”, concluyó mi compañero, después de contarme algunos de los ejemplos típicos de la infantil insolencia de Czentovic. “¿Cómo podría un campesino del Banato, de veintiún años, evitar infectarse de vanidad cuando de un momento a otro, solo por mover piezas de ajedrez en un tablero de madera durante un rato, gana más dinero en una semana que lo que gana toda su aldea en un año por cortar leña y trabajar como esclavos? ¿Y acaso no es terriblemente fácil considerarse un gran hombre cuando no se está agobiado por la noción de que alguna vez existieron hombres como Rembrandt, Beethoven, Dante y Napoleón? Con una visión así de limitada, el sujeto solo sabe una cosa: que no ha perdido ni una sola partida de ajedrez en meses. Entonces, como no tiene idea de que además del ajedrez y el dinero hay otras cosas importantes en el mundo, le sobran razones para estar orgulloso de sí mismo”.

Los comentarios de mi compañero despertaron mi más viva curiosidad. Siempre me han interesado los monomaniacos obsesionados con una sola idea porque cuanto más se restringe un individuo, en realidad más cerca está este del infinito. Personajes como este, aparentemente alejados de la realidad, son como termitas que usan su propio material para construir una extraordinaria y única versión del mundo en pequeña escala. Por eso, no oculté mis intenciones de observar más de cerca a este extraño espécimen de mente monotemática durante los doce días de viaje hasta Río.

Sin embargo, mi compañero me advirtió: “No creo que lo logre. Por lo que sé, hasta ahora nadie ha logrado sacarle ni el más mínimo material de análisis psicológico a Czentovic. Al margen de sus severas limitaciones, es un campesino artero y lo suficientemente astuto para no ponerse en

evidencia, lo cual consigue evitando toda conversación que no sea con otros campesinos de similar procedencia, cuya compañía busca en pequeñas posadas. Cuando cree estar en presencia de una persona educada, se encierra en su caparazón. He aquí por qué nadie puede jactarse de haberlo oído decir algo estúpido alguna vez o de haber evaluado las profundidades, en apariencia insondables, de su ignorancia”.

Mi compañero resultó estar en lo cierto. Durante los primeros días del viaje, me fue absolutamente imposible acercarme a Czentovic sin ser inoportuno, algo que, al fin y al cabo, no es mi estilo. A veces, él caminaba por la cubierta de paseo, pero siempre con las manos detrás de la espalda con una actitud de ensimismamiento orgulloso, como Napoleón en su famoso retrato. Además, sus paseos peripatéticos por la cubierta eran tan rápidos e imprevistos que, para alcanzarlo y hablar con él, habría tenido que correrlo. Jamás apareció por ninguna de las cantinas, el bar ni el salón para fumadores. Según me confió el camarero, Czentovic pasaba la mayor parte del día en su camarote, practicando o repasando partidas de ajedrez en un gran tablero.

Después de tres días, realmente comenzó a irritarme que su tenaz técnica defensiva estuviera dando mejores resultados que mis intentos de acercarme a él. Nunca antes había tenido la oportunidad de conocer en persona a un gran maestro de ajedrez, y cuanto más me esforzaba por vislumbrar la naturaleza de este hombre, más me costaba imaginar una forma de actividad cerebral que girara exclusivamente en torno a un tablero de sesenta y cuatro casillas blancas y negras durante toda una vida. Conocía, por experiencia propia, la misteriosa atracción del “juego real”, el único juego creado por el hombre que supera con grandeza la tiranía del azar y que otorga sus laureles de vencedor solo a la mente o, antes bien, a un tipo de talento mental. ¿Pero no somos culpables de una denigración repudiable al considerar al ajedrez un “juego”? ¿Acaso no es también

una ciencia y un arte, algo suspendido entre esas dos categorías, así como el ataúd de Mahoma se encuentra suspendido entre el cielo y la tierra? ¿No es una conexión única entre pares de opuestos (antiguísimo pero eternamente nuevo; con una estructura mecánica pero eficaz solo por obra de la fantasía; limitado a un espacio geométrico fijo pero ilimitado en sus combinaciones; en constante producción pero estéril; un pensamiento que no conduce a nada; matemáticas que no calculan nada; un arte sin obras de arte; una arquitectura sin sustancia), que sin embargo ha demostrado ser más duradera en su esencia y existencia que todos los demás libros y obras de arte? ¿No es acaso el único juego que pertenece a todas las naciones y todas las épocas, aunque nadie sepa qué dios lo trajo a la tierra para combatir el aburrimiento, agudizar los sentidos y expandir la mente? ¿Dónde comienza? ¿Dónde termina? Cualquier niño puede aprender las reglas básicas del ajedrez y cualquier inepto puede probar su suerte. Sin embargo, en ese inmutable y pequeño cuadrado, puede crear una especie de maestros particular e incomparable, de individuos con un talento exclusivo para el ajedrez, genios en su campo específico que combinan su visión, su paciencia y su técnica al igual que los matemáticos, los poetas y los músicos, pero en diferentes estratificaciones y combinaciones.

En épocas pasadas de pasión por la fisonomía, un médico como Gall tal vez hubiese realizado una disección del cerebro de un campeón de ajedrez para averiguar si en la materia gris de estos genios hay alguna sinuosidad particular, una especie de músculo del ajedrez o una protuberancia ajedrecística, más desarrollada que en el cráneo de los demás mortales. Qué intrigado que hubiese estado dicho fisónomo con el caso de Czentovic, en el que ese genio específico apareció en medio de un marco de absoluto letargo intelectual, como una veta de oro en una tonelada de roca común y corriente. En principio, siempre pensé que un juego tan brillante y único debía crear sus propios maes-

tros; pero qué difícil e incluso imposible es imaginarse la vida de un ser humano intelectualmente activo para quien el mundo se reduce por completo al estrecho tráfico unilateral entre blanco y negro, que busca los triunfos de su vida en un mero movimiento de treinta y dos piezas de ajedrez de un lado al otro, de adelante hacia atrás; alguien para quien una nueva apertura, cómo mover el caballo en lugar del peón, ya es toda una hazaña y cuyo pequeño trozo de inmortalidad se esconde en un libro sobre ajedrez: un ser humano, un individuo intelectual que siempre dedica la energía de su mente a la ridícula tarea de arrinconar un rey de madera en un tablero de madera... ¡y lo hace sin volverse loco!

Y ahora, por primera vez, uno de esos fenómenos, uno de esos genios extraordinarios o locos enigmáticos, se encontraba físicamente muy cerca de mí, en el mismo barco, a seis camarotes de distancia, y yo, desafortunado como siempre, con mi curiosidad por los temas intelectuales que siempre termina por convertirse en una especie de pasión, no podía acercarme a él. Comencé a pensar las tretas más ridículas: por ejemplo, pensé en hacerme pasar por un periodista que quería entrevistarle para un periódico importante para despertar su vanidad y también en proponerle organizar un torneo lucrativo en Escocia para apelar a su codicia. Pero al final recordé que el método más eficaz de los cazadores deportivos para atraer a los urogallos consiste en imitar su grito de apareamiento. ¿Qué mejor para llamar la atención de un campeón de ajedrez que jugar ajedrez?

Es cierto que nunca he sido un ajedrecista serio, por la simple razón de que siempre lo consideré un pasatiempo, puro entretenimiento. Si le dedico una hora, no lo hago para esforzarme sino, por el contrario, para relajarme del estrés intelectual. Literalmente "juego" al ajedrez, mientras que otros, los verdaderos ajedrecistas, "trabajan" en él. Sin embargo, en el ajedrez, al igual que en el amor, hay que te-